

UNA RAMITA QUE SE ROMPE

Seudónimo: Alberto.

No te engañes: no es que esta última lámpara dé más luz;
la oscuridad alrededor se ha abismado en sí misma.

Paul Celan

Un poste de luz apagado, una alcantarilla sin tapa, el viejo que revuelve la basura; a oscuras, todo aparece al último segundo. La luna está oculta y la diminuta linterna de mi yesquero apenas permite sortear cada obstáculo con tiempo suficiente. Era la una de la madrugada cuando decidimos acercarnos a la farmacia a cargar el celular. Es irónico, le digo a mamá, pero con luz no nos hubiésemos atrevido a esta hora. Sin embargo, había gente fumando en el estacionamiento del edificio y entre los vecinos nos animamos unos a los otros. La farmacia es como un bombillo que atrae bichos, le digo a mamá. ¿Te parece?, pues ahí tienes tu cola de bachaqueros, me responde, señalándome una fila de personas que habían tenido la misma idea que nosotros. Está de mal humor, no ha tomado café en todo el día porque su cocina es eléctrica. Tampoco ha fumado, porque ya no tenemos dinero para *esas cosas*. Me pesa la precariedad, más aún porque había emigrado a Cúcuta hacía dos años y aún no había logrado estabilizarme. El plan era pasar el Año Nuevo con ella, pero habían cerrado la frontera y llevaba más de tres meses varado.

Javier, el vigilante de la farmacia, es el hijo de la conserje del edificio. Hace guardia frente a la cola y nos saluda apenas nos incorporamos. Es extraño, pero el tipo me caía mal desde que éramos niños y ahora se me hacía cercano y simpático. Aún tiene un agujero en el lugar del incisivo que perdió una tarde lluviosa dos décadas atrás cuando jugábamos

futbolito. Hoy no trajeron la regleta y cargar se hace más lento, me comenta, y hay algo que me molesta en la naturalidad con la que habla. Pero Javier no es el único que se expresa con ese talante, es apenas el segundo día y muchos normalizan lo que hacemos, estar ahí, de madrugada, aprovechando la planta eléctrica de una farmacia con toda la ciudad en penumbras. Le explico a mamá que voy a buscar una regleta, que de no hacerlo amaneceremos en la calle, y le pido que me espere ahí y que no se le ocurra irse.

De regreso, noto que me estoy habituando a los obstáculos del camino. El viejo que revuelve la basura, la alcantarilla sin tapa, un poste de luz apagado. Los sorteo con menos dificultad que en la ida. Voy pensando en Javier, en que tal vez sea posible que aquella tarde que perdió el diente había sido la última vez que conversamos. Quizá tuvo que ver con el hecho de que hubiera sido yo quien lo derribara, aunque a causa de un resbalón que hizo que me lo llevara por delante sin posibilidad de frenarme, como en esos videos que aparecen últimamente de carros derrapando en la autopista a causa de unos derrames de aceite que nadie, como tantas cosas últimamente, ha sabido explicar. Son casi las dos de la mañana y hay más vecinos en el estacionamiento que cuando salimos. Apenas entro alguien apunta a mi rostro con una linterna. Es el gordo, uno de los inquilinos fundadores de las residencias. Apenas lo saludo y me excuso diciéndole que mamá me espera en la farmacia. Ya en el apartamento, recuerdo que la primera noche del apagón conversé con él sobre la quiebra de su juguetería. Luego sobre la crisis, esa etapa que comenzó cuando ya muchas cosas iban mal y paulatinamente fuimos descubriendo que podían ir mucho peor. ¡Carajito, no tienes idea!, me dijo al iniciar el cuento de su desgracia comercial, una historia que conocía de sobra porque era la misma que me había empujado a emigrar. Sin embargo, en la primera noche del apagón mi ánimo se mantenía intacto y lo escuché pacientemente, contándole sobre las dificultades del camino que pensaba emprender, que en su caso apuntaba a Madrid. ¿Te

acuerdas, Gonzalo, del montón de barajitas de béisbol que tenía en la tienda?, prosiguió el gordo, ¡y eso que nunca bajaste al sótano! No tengo que explicarte cómo todo comenzó a cambiar a partir del control de cambio. Por esa época me burlaba de los que se iban y se quejaban de *la situación del país*...

Ahora que lo pienso bien, el contexto de un apagón se asemeja al de esas series apocalípticas donde todo es una aventura hacia lo desconocido. Puede tratarse de ovnis caídos del cielo, una epidemia de zombis o de un grupo de vecinos que se reúnen en un puente a observar un accidente nuclear; en todos los casos hay fallas eléctricas, la gente sale de sus casas a horas anormales y todos comparten rutinas extraordinarias con aquellos que apenas saludaban antes. Revolvía unas cajas buscando la regleta y me preguntaba si había sido muy rudo al despedirme tan abruptamente del gordo. *El gordo*; ¿cómo se llamaba el gordo? Era mi vecino desde hacía 25 años y aún no me había aprendido su nombre. Pero a esa hora no me apremiaba la necesidad de recordarlo, porque comenzaba a atormentarme la idea de que no fue prudente haber dejado a mamá con unos vecinos que antes apenas saludaba. Pero, insisto, desde el apagón las cosas estaban adoptando nuevos sentidos. Bajé las escaleras a paso acelerado mientras sospechaba que la pila de la diminuta linterna de mi yesquero haría su último viaje a la farmacia.

Un poste de luz apagado, una alcantarilla sin tapa... Pero, ¿dónde estaba el viejo que revuelve la basura?, me pregunto, y por un instante me molesta que no estuviera cumpliendo su rol. ¿Su rol?, ¿cuál era *su rol*? No sabía si por sueño, hambre o falta de cafeína, pero a esa hora mi razonamiento no era el más lúcido. Comencé a sentir un malestar corporal que me costaba ubicar; era miedo. Aceleré el paso y pronto escuché el murmullo de la cola. Mijo, llegaste rápido, me dijo mamá apenas me vio. Acá encantadas la señora Coronado y yo, porque el señor Paco trajo una regleta que se encontró por ahí. Me sentí un poco incómodo,

aunque no demasiado, porque la oscuridad me permitía disimular la que traía en la mano. Mamá parecía haber olvidado a qué había ido al apartamento, pero no le dije nada. ¿Cómo está, señora Coronado? ¿Quién es el señor Paco, mamá?, le pregunté. Ay, mijo, ahí junto al enchufe, el señor que vemos por las tardes..., me explicaba. Enseguida lo reconocí; mamá no quería referirse a él como *el viejo que revuelve la basura*.

Cuando un apagón llega de madrugada suena como una ramita que se rompe. Ese leve chasquido despierta siempre, y así ocurrió la primera noche, pero fue la ausencia de los números verdes suspendidos sobre la mesa de noche, el croar antes imperceptible de los sapos y el zumbido que emitía la planta eléctrica de la farmacia de la esquina, lo que sostenía mi desvelo desde la primera noche. Cambian demasiadas cosas que creíamos imperceptibles, pequeños mecanismos que dejan de funcionar para dar paso a un nuevo sótano del silencio. Avancé a oscuras hasta la cocina, miré los círculos negros de las hornillas eléctricas y me pregunté cuántos días pasaríamos sin tomar café.

Me acerqué al balcón y encontré a mamá asomada. Estaba en silencio, siguiendo los pasos del señor Paco, quien empujaba un carrito de mercado que sospechábamos se había robado de la farmacia. Le tomé una mano para que detuviera ese gesto ansioso de pellizcarse las puntas de las uñas hasta astillarlas. Por un segundo pensé en ofrecerle café, pero recordé que la cocina estaba descartada. ¿Qué miras, mamá?, le pregunté para buscarle conversación. A Paco, hijo. Anoche, cuando viniste a buscar la regleta, nos contó que es un jubilado de la compañía telefónica, ¿qué tal? El hombre emigró hace 60 y tantos años de las Islas Canarias escapando del hambre. Nos dijo que hasta hace poco vivía una vida *normal* ¡Míralo, míralo!, ¿tú crees que eso es posible?, ¡qué broma, chico!, me dijo. Bueno, mamá, yo tampoco me fui por gusto, ¿no? Pareciera que en este país nadie está a salvo de caer hasta el infierno. Le

dije esto y le insistí que intentáramos dormir un poco. *Caer hasta el infierno*; me repetía la frase mirando al techo y cada vez me sonaba más tonta, un lugar común que apenas expresa la inercia que parecía haberlo tomado todo.

Amanecí la cuarta mañana decidido a encontrar los auriculares para sintonizar la radio con el celular. Luego de sortear decenas de emisoras oficiales, finalmente hallé una que discutía la realidad. Los invitados, unos tras otros, pronunciaban la palabra *resiliencia*. No tenía idea a qué se referían, pero luego de razonar sus planteamientos concluí que era una forma elegante de decir *resistencia*. En dos años escuchando las emisoras colombianas, jamás se me cruzó esa palabra. No había transcurrido tanto tiempo, pero eran muchas las cosas que habían cambiado. Aún sin electricidad, el día comenzó mejor que los anteriores. El gordo tocó a la puerta temprano para traernos café y nos ofreció la cocina a gas de su apartamento. Mamá fue al mediodía y cocinó pasta, la suficiente para un par de días. Luego de almorzar, caí rendido en el sillón del balcón, pero unos minutos después me despertó una algarabía en la calle. Me asomé y vi que un camión de hielo se había estacionado, sin más, en medio de la avenida. Varios carros también se pararon donde mejor les pareció, obstaculizando ambos sentidos, y la gente corría hacia el camión como si sus vidas dependieran de ello. Al rato, la señora Coronado entró a las residencias y le dijo a los vecinos que mirábamos desde los balcones que estaban cobrando cinco dólares por bolsa. En ese instante, no sé por qué, decidí que debía regresar a Cúcuta cuanto antes, así fuese cruzando la trocha, porque mis ahorros se estaban consumiendo y sólo desde allá podía seguir cuidando a mamá.

El celular se me descargó escuchando radio y la pereza me impedía regresar a la farmacia. Pasé la tarde en un duermevela, hasta que una canción de Juan Luis Guerra que retumbaba desde el estacionamiento me sacó de la cama. Al asomarnos, notamos que el

inmenso yip del gordo Claudio era el origen de la música. ¡*Claudio!*, ¡por fin lo recordaba! La señora Coromoto arrastraba una cava y Javier intentaba encender una parrillera portátil. ¡Bajen, vecinos!, gritó alguien que no logré reconocer desde arriba, porque la quinta noche sin luz ya había llegado. Cuando bajamos, no encontramos mesas, sillas o manteles; ni siquiera servilletas, pero sí mucha *resiliencia*, según la señora Coromoto, quien me explicó que se trataba de un concepto que mucho tenía que ver con el rechazo de los vecinos al tipo que intentó vender el hielo en dólares. Nos decidimos a hacer algo provechoso con la carne que no podíamos refrigerar: ¡parrilla!, me dijo. Javier, aún con su traje de vigilante, servía la carne en platos plásticos, y me entregó el primero mostrándome su resquebrajada sonrisa. Lo tomé y fui hasta donde estaba mamá, pero no lo recibió; me miró compasivamente y me hizo un gesto hacia la puerta del edificio; enseguida comprendí qué debía hacer.

Un poste de luz apagado, una alcantarilla sin tapa; y el señor Paco, sentado junto a su carrito de mercado, tan quieto y frío como un objeto que cruzamos sin advertir que está ahí, con los ojos explayados mirando hacia el suelo; el señor Paco, descartado incluso en su momento final, como las cosas que echamos por el bajante y caen a una bolsa destinada a la sepultura... hasta que alguien se interesa por ella y la revuelve: ¡Paco!, ¡Paco!